

á todas las revelaciones de los magnetizados.

La existencia de María era cada vez mas lánguida, cada día mas triste.

La pobre jóven se preocupó tanto con aquel sueño, que deseaba morir de una vez, sin sufrir el inmenso dolor que habria de causarle el saber la funesta noticia de los labios de alguna persona. Creia aquel sueño una realidad; pero no hubiera soportado que otro se la volviese á revelar.

La que antes fué morada del placer, tornóse en el santuario de la melancolía; no faltaba mas sino que el ángel de la muerte batiere sus alas sobre él, para convertirlo en lúgubre cementerio.

Para el doctor no era un misterio el próximo desenlace de aquel drama sombrío y silencioso.

Para María no era un secreto que sus padres evitaban una explicación; y tampoco ignoraba que su muerte se acercaba.

Un dia entró con gran misterio al estudio del doctor una persona de respetable aspecto.

VIII.

Tan profundas eran las convicciones del doctor, acerca de los efectos del magnetismo, que ni por un momento dudó de la verdad del funesto naufragio que en su sueño presenció María.

Aquel padre que fundaba la ventura en el amor de su hija, que se recreaba mirándola, y que no podia permanecer algunas horas sin tenerla á su lado, evitaba, desde el día en que se verificó la sesión del magnetismo, encontrarse con ella á solas. Temia que le pidiese una esplicacion; creia que iba á consultarle su hija si él tenia en esta ocasion la misma inquebrantable fé que habia prestado

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA
U. N. L.

Al verla el doctor, sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El que iba á visitar al doctor, era el padre de Julio.

Estaban frente á frente aquellos buenos amigos, y ninguno se atrevia á comenzar.

El padre de Julio enjugó el sudor que brotaba de su frente, contuvo una lágrima que queria asomar á sus ojos, y entregó al doctor una carta enlutada.

Sin leerla, exclamó el doctor:

—Hacia ya varios meses que lo sabia. Ved, dijo entregándole su cartera, ved la hora y el dia en que tuvo lugar el naufragio.

—Pero si no es posible! exclamó el padre de Julio.

Entonces el doctor refirió la escena del sueño de la magnetizada.

Los dos parecian presas de un sueño espantoso.

IX.

—Esto es lo que alcanza el hombre que quiere profundizar ciertas ciencias: anticipar sus propios dolores y los de los seres que aman en el mundo.

Así decia el doctor despues de confirmada la noticia del fatal naufragio de Julio, viendo ya muy cercana la muerte de su hija.

Habian pasado algunos meses.

Una mañana (era la del dia en que debia haberse verificado la boda de Julio y María) la jóven conoció que el momento se acercaba, y rogó que sus padres entrasen á su habitacion.

Un rayo de sol bañaba con espléndida luz

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. L.

el aposento. El ruiseñor de María dejaba oír las notas mas dulces que su garganta habia producido nunca. Las azucenas del jardin exhalaban su blando perfume, y embalsamaban la habitacion de la jóven moribunda.

—Hija mia, Julio.

—Quereis ocultármelo porque me amais; pero yo sè que Julio me espera y que no debo retardar el ir á unirme á él para siempre.

Antes que el doctor hubiese podido abrir los lábios para prometer á María lo que ella deseaba, el alma de la jóven habia vuelto al cielo.

En aquel instante un blanco celaje opacó la luz del sol, el ruiseñor suspendió su canto, y las azucenas del jardin se doblaron en sus tallos.

El alma de María habia ido á unirse á la de Julio en un mundo mejor. Sus desposorios se habian celebrado ante el infinito, y el coro de los ángeles habia celebrado el himeneo.

Supondreis que el doctor abandonó el magnetismo.

Os equivocais. Desde que María bajó á la tumba, no se ocupó mas que en la evocacion de su espíritu, y halló el consuelo que en vano buscaba en el mundo su afligida esposa.

El doctor llegó á tener la conviccion de que Julio y María estaban unidos en el cielo, y que desde allí le hablaban y le bendecian.

